

# El “bullying” que no cesa

escrito por Eulàlia Solé | febrero 4, 2019



Anthony Blunt, uno de los famosos espías de Cambridge, cuando ya había sido nombrado Sir confesó que en el Marlborough College, a la edad de 14 años, había padecido el acoso de sus condiscípulos. Sucedió en 1921, cuando el término *bullying* aún no se había extendido. “El primer año fue espantoso. Un muchacho me tenía atemorizado y fui muy infeliz durante dos trimestres”, atestiguó Blunt. No siendo un buen deportista, lo tenían por un bicho raro, un afeminado. Ha transcurrido casi un siglo, y el hostigamiento escolar se halla presente aquí y allá, desvaneciendo el espejismo de que existe una edad de la inocencia.

Cuando en buena medida el mundo tiende a derribar barreras, a respetar lo distinto, en la escuela persiste la lacra de la inquina traducida en daño físico y/o moral. Recién lo atestigua una encuesta llevada a cabo por la Fundació Barça de la cual se desprende que más de la mitad de los escolares de entre 14 y 18 años se han visto involucrados en situaciones de *bullying*. En calidad de víctimas, de testigos o de ejecutores, algunos arrepentidos. Un 20% declara que los acosos físicos o psicológicos le han provocado trastornos emocionales graves.

Maestros poco atentos, alumnos que se vuelven de espaldas por temor coadyuvan a que el *bullying* no sea erradicado de los centros de enseñanza. Concorre, además, un factor que incrementa las fuentes del acoso, que lo agrava más allá de lo que Blunt y otros adolescentes podían sufrir el siglo pasado. Las redes sociales se han convertido en un instrumento superlativo para hacer daño, y no solo en el ámbito escolar. Las relaciones virtuales son capaces de infligir tanto perjuicio como las personales. A través o no del anonimato se producen difamaciones, burlas, deslealtades, violaciones de secretos, acciones execrables realizadas en el inicio del trayecto vital. La existencia del mal ha interesado a los pensadores desde los clásicos hasta los actuales. No han encontrado explicación, ni para los episodios perniciosos naturales ni para los humanos. Y cabe decir que el mal incubado en los corazones más tiernos es el menos explicable.